

Construcción, deconstrucción y destrucción de una nación¹

Por Miguel Espejo

Resumen

Se trata aquí de poner de relieve algunas constantes de Argentina, a pesar de su larga tradición de imprevisibilidad. Una de sus principales invariantes está constituida por su persistente declinación. Desde sus orígenes, el proceso histórico argentino, sobre un territorio con características particulares, fue dominado por una sustancial concatenación entre Estado y Nación, de tal forma que la confusión entre estas dos categorías ha sido otra de sus constantes. Justamente, esta paradoja opera en íntima relación con la forma en que la sociedad ha administrado el Estado, bajo sus variados signos políticos y militares, como así también del modo en que se ha examinado a sí misma. Al igual que un síntoma perfecto de la complejidad de las sociedades de nuestro tiempo, el Estado argentino se ha caracterizado por estos efectos paradójales. Al mismo tiempo que, durante un largo período, fue capaz de promover y de asegurar educación y salud, más otros aspectos de la vida social, comportándose como un auténtico “ogro filantrópico”, sus derivas autoritarias y una recurrente incapacidad para organizar los factores macroeconómicos, lo fue convirtiendo en un peso excesivo e inmanejable para la economía del país en su conjunto. La “deconstrucción” de esta problemática no se efectúa bajo el paraguas de Derrida, sino sobre todo de una “larga duración” que permita ver los efectos en el presente de una sociedad que, por el momento, pareciera encontrarse sin futuro.

Palabras claves: declinación, Estado, Nación, anomia.

¹ La presente colaboración forma parte de un libro en proceso de finalización intitulado *El desierto creciente*.

Abstract

The aim here is to highlight some of Argentina's constants, despite its long tradition of unpredictability. One of its main invariants is constituted by its persistent decline. From its origins, the Argentine historical process, on a territory with particular characteristics, was dominated by a substantial concatenation between State and Nation, in such a way that the confusion between these two categories has been another of its constants. Precisely, this paradox operates in close relation to the way in which society has managed the State, under its various political and military signs, as well as the way in which it has examined itself. As a perfect symptom of the complexity of our time societies, the Argentine State has been characterized by these paradoxical effects. At the same time that, for a long period, he was able to promote and ensure education and health, as well as other aspects of social life, behaving like a true "philanthropic ogre", his authoritarian drifts and a recurring inability to organize macroeconomic factors, was turning it into an excessive and unmanageable weight for the country's economy as a whole. The "deconstruction" of this problem is not carried out under the umbrella of Derrida, but above all of a "long duration" that allows us to see the effects in the present of a society that, for the moment, seems to be without a future.

Key words: Decline, State, Nation, Anomie.

Notas introductorias

Intentar comprender la Argentina es una tarea consagrada al fracaso. Tratar de entender su persistente declinación, fenómeno mundial único por su amplitud y por las proyecciones iniciales que se trazaron sobre su "destino manifiesto", conduce a la perplejidad y al desaliento. De la sexta economía del mundo, a comienzos del siglo XX, al lugar irrelevante que hoy ocupamos hay un largo proceso que es mucho más fácil describir que explicar, sin olvidar el interregno menemista, hasta ahora el único verdadero proceso "neoliberal", donde la Argentina fue invitada, sorpresivamente y gracias a un PBI sobredimensionado, a integrar el G20. En el transcurso de estos últimos años, en diferentes

oportunidades, tuve la convicción de que intentar establecer las numerosas variables que nos condujeron a la realidad actual es nuestra piedra de Sísifo, nuestra condena y nuestra imposibilidad. Como se puede deducir, la afirmación precedente conlleva implícito un problema epistemológico, una ruptura que nos obliga a aproximarnos a esta situación desde múltiples puntos de vista, donde la filosofía nos abre a la posibilidad de articular estas perspectivas diferentes. En estos momentos, ni siquiera podemos hablar de las soluciones mínimas para erradicar la pobreza, soluciones que, aparentemente, se encuentran a la vista de todo el mundo, pero que en nosotros devienen desafíos irresolubles, a un extremo tal que, en los últimos cincuenta años, la pobreza disminuyó en toda América Latina (salvo Haití y Cuba), pero entre nosotros creció a un ritmo que deja literalmente estupefacto.

Hace ya algunas décadas que diversos economistas, historiadores, sociólogos o politólogos arribaron a una conclusión parecida. El premio Nobel de Economía Simón Kuznets, quien se caracterizó por agudas observaciones sobre el funcionamiento del mundo y de las sociedades que trasvasaban por lejos su campo de investigación, advertía hace casi medio siglo que tanto Japón como Argentina no podían explicarse por las leyes de la economía. Otro premio Nobel tenía una percepción parecida: “Esta singularidad incitará a Paul Samuelson a instituir, en su tipología del desarrollo, una categoría aparte para Argentina sola. Una perspectiva pertinente, pues, en muchos aspectos, este país que ya era hace un siglo una potencia emergente, escapa a las definiciones simples; en efecto, lejos de ser lineal, su recorrido sigue los meandros y los callejones sin salida de un laberinto, la figura fetiche del más emblemático, del más refinado y del más misterioso de los escritores argentinos: Jorge Luis Borges” (Asvazadourian , 2011). Por la misma época ya circulaba el chiste, en los organismos internacionales, de que el mundo se dividía en cuatro partes: en países desarrollados y subdesarrollados, en Japón, que nadie comprendía cómo careciendo de recursos naturales podía ser tan rico y la Argentina, que tampoco nadie podía comprender cómo teniendo tantos recursos podía ser tan pobre.

Mucho más recientemente otro estudio da cuentas de nuestra situación: “Argentina es probablemente el único país, en la era moderna, en haber entrado y luego salido del Primer Mundo. La excepcionalidad argentina incluye su

declinación desde 1930. Entre 1946 y 1990, Argentina fue el país políticamente más inestable del mundo, de acuerdo con el *Center for Systemic Peace*, que registra quince levantamientos militares”(Acemoglu y Robinson, 2013). Responder a la pregunta si la declinación económica de Argentina se produjo por sus golpes y dictaduras militares o si estos procesos fueron su efecto y no su causa es, quizás, lo que muchas decenas de autores de todo el mundo han intentado desentrañar.

A modo de provisoria síntesis, aventuro la tesis no muy original de que Argentina se ha convertido, en el mundo de hoy, en un enigma dentro de otro enigma. Vivimos una época de extrema tensión, donde la pandemia y la invasión rusa a Ucrania no hicieron más que acelerar fenómenos latentes que ya se encontraban ante nuestra vista, al menos desde 1973, en que la llamada “crisis de energía” fue uno de los primeros desencadenantes de un proceso epocal, donde la hegemonía atlántica surgida de la Segunda Guerra está amenazada en varios frentes². El colapso del bloque soviético, la invasión a Irak, el calentamiento atmosféricos, con su enorme repercusión en todos los niveles; los requerimientos siempre crecientes de energía, al mismo tiempo de que resulta imposible escapar de la dependencia de los hidrocarburos; los desplazamientos de población, especialmente de África hacia Europa Occidental; la lucha encarnizada entre autocracias y democracias por el dominio global, con la convicción de Putin de que el derrumbe de Occidente es un fenómeno irreversible; han producido un panorama de muy inciertos resultados, donde cada vez planea más cerca la posibilidad del uso de artefactos nucleares tácticos.

Para volver a nosotros, en la actualidad, en 2022, el país tiene a la mitad de su población bajo la línea de pobreza y nada parece indicar que esta situación pueda revertirse en virtud de un golpe de suerte o de un billete de lotería que nuestra sociedad siempre está esperando. “Dios es argentino” fue el antecedente no tan lejano de “la mano de Dios”, una avivada criolla que nos concede el triunfo, aunque también puede retrotraernos al “Vos sos Dios” que algunos torturadores les hacían gritar a los capturados que custodiaban, antes de hacerlos “desaparecer”. Un antiguo diagnóstico sobre “el estanciero” es aquí doblemente

² He desarrollado ya algunos de los impactos de la pandemia en “Los círculos del laberinto. La crisis global en un mundo complejo”, revista *Complejidad* N° 36, 2020.

pertinente, pues este rasgo proviene de abajo hacia arriba y ha dejado su impronta en muchos niveles de nuestra sociedad: “El contraste de su refinamiento personal, y del confort de su instalación familiar, con la primitiva rusticidad de la tierra que lo rodea evoca en nuestro espíritu las contradicciones de un salvajismo revestido de civilización” (Clemenceau, 1991). Nuestro país ha conocido una serie de puntos de inflexión que, si se los ubica en una adecuada línea de tiempo, pueden verse como crisis sucesivas sin interrupciones, al menos desde que el golpe de Estado de 1930 clausuró cierta normalidad y regularidad del funcionamiento de la República, en verdad, una República bastante restringida hasta que la ley de Roque Sáenz Peña de 1912 abriera las puertas al voto universal y a Hipólito Irigoyen. ¿Pero siempre estaremos condenados a remontarnos hasta épocas pretéritas para alcanzar alguna inteligibilidad del complejo proceso que nos ha conducido hasta la irrelevancia en el orden y desorden mundial?

El reciente ejemplo de las vacunas contra el Covid bastaría para mostrar nuestra increíble caída de un sistema de salud muy robusto, puesto en funcionamiento, entre muchos más, por Ramón Carrillo, a otro dominado por la corrupción y la indignidad ética. La pandemia y su historia de las vacunas, además de reflejarnos un gobierno ineficaz, un Estado desfalleciente, sin aliento, con terribles semejanzas con los estertores, nos reveló la impudicia ética de la clase política kirchnerista (y de muchos otros). Existe ciertamente un fuerte contraste con científicos que todavía sobreviven en nuestro país, con medios insuficientes y que, a pesar de todas las circunstancias adversas, se destacan en foros internacionales y siguen contribuyendo a que subsista algo de las estructuras sanitarias del pasado.

Muchos otros científicos trabajan en el exterior, después de una emigración definitiva y de haber perdido las esperanzas de realizar una carrera consistente en Argentina, desprovista de proyectos, tanto para ellos como para el país en su conjunto. Desde 1966, con el golpe de Onganía, hemos perdido sistemáticamente valiosos recursos humanos, formados por lo general en nuestras universidades públicas, fenómeno que constituye uno de los puntos más visibles de nuestra decadencia. César Millstein obtuvo el Premio Nobel en la década de los 80, después de Houssay y Leloir, pero su carrera profesional, a diferencia de los otros,

la realizó casi completamente en Gran Bretaña. Hasta ese momento, Argentina era el único país de América Latina que contaba con premios Nobel en ciencia. ¿Alguien puede decir verdaderamente para qué necesitamos la enorme cantidad de abogados y contadores, de licenciados en comunicación o de otros rubros que continuamente egresan de nuestras universidades gratuitas? Los ingenieros especializados en energía, que necesitamos con urgencia, brillan por su ausencia. Cada uno de estos aspectos, detalles si se quiere, pero que convergen por cientos hasta configurar un panorama desolador, contribuye a comprender la incapacidad de modificar nada, salvo para empeorar. Las fuerzas políticas pregonan la necesidad de un cambio, pero son incapaces de lograr uno, como el de una nueva reforma universitaria, que deje atrás, superándola, a la de 1918. La parálisis para conformar una política de Estado ha sido la regla porque ningún sector está dispuesto a promover el soñado Pacto de la Moncloa, que se viene pregonando desde 1983, pero que nadie ha sido capaz de poner en marcha.

Estado, nación y gobierno

“Los pueblos no sólo tienen los gobiernos que se merecen, sino los que se le parecen”, señaló irónica y cáusticamente André Malraux. En algunos sectores intelectuales se ha puesto de moda adjudicar al peronismo todos los males que aquejan a la República, pero fue otro francés, Georges Clemenceau, en su visita que hizo al país en 1910, el que puede conducirnos a reflexionar bajo otra perspectiva. En una de sus reflexiones observó, con singular agudeza, algo que precedía al surgimiento del peronismo por más de 30 años: “No he conocido ningún otro país en donde tanta gente cree tener derecho a vivir del Estado” (Clemenceau, 2008 y 2014). Al fin y al cabo, no debería sorprendernos. La educación universal, obligatoria y gratuita, ¿no fue acaso organizada desde el Estado nacional, primero con Sarmiento y luego con Avellaneda?

Se podría completar la aguda observación de Clemenceau con una de las tantas “ocurrencias” atribuidas a Borges, reflexiones lúcidas e improvisadas recogidas en diversos libros: “Al argentino le cuesta entender que él es el Estado”. En esta paradoja reside gran parte de nuestros desentendimientos y grietas permanentes. La clase gobernante de la llamada Generación del 80, la misma que alcanzó a poner en pie, les guste o no a sus críticos (la historia contrafáctica es lo

más semejante a jugar al ajedrez contra uno mismo), un Estado y una Nación, actuó como si fuera la única dueña del Estado. Los otros actores sociales reprodujeron este mecanismo a la perfección, de tal modo que nuestra sociedad fue incubando una idea anclada en sus raíces, que es la de pretender el mejor sistema sanitario sin pagar sus costos, ni remunerar adecuadamente a su personal, en especial al de enfermería; pretender la mejor educación y las mejores universidades sin advenir a sus necesidades, desvalorizando a sus maestros, a un extremo tal que el sector docente, lentamente, ha quedado reducido a su actividad gremial, sin que les importen los resultados pedagógicos. Hace varias décadas, el gran historiador Alain Rouquié le arrancó a uno de sus interlocutores, un dirigente gremial, una magnífica confesión, concisa y contundente, de cuál era el rol de este sector. “Nuestro padre es Perón, pero nuestra teta es el Estado” (Rouquié, 2016). El Estado no fue sólo un instrumento organizativo de la sociedad y la Nación, sino el botín que se disputaron facciones y no tendencias que expresaran proyectos divergentes.

Una Nación para el desierto argentino, tituló Halperín Donghi a su prólogo (luego publicado bajo forma de libro autónomo) al volumen sobre Historia argentina publicado por la editorial Ayacucho en Caracas (Halperín Donghi, 1980). Uno de los rasgos más fuertes de nuestro país ha sido la identificación de la Nación con el Estado. Con el peronismo advendría la peligrosa combinación de identificar al gobierno no sólo con el Estado sino con la Nación y la Patria. Frente a esta grave invasión y confusión de los límites del poder en una república, ya Alberdi había señalado: “Es un déspota todo aquel que cree que ser opositor al gobierno es ser traidor a la patria” (Alberdi, 1999).

Con respecto a la imposibilidad de explicar la complejidad del fenómeno argentino, poco a poco uno se puede ir deslizándose hacia la idea de que quizás lo incomprensible no sean sólo los acontecimientos políticos y la involución en el bienestar (de un país que desde la Segunda Guerra Mundial, tuvo, además de los militares, como fuerza hegemónica o preponderante al peronismo), ni las herramientas conceptuales inadecuadas, sino en la imposibilidad de aceptar que el fracaso estaba en nuestra propia sociedad y en el propio país. “Una sociedad fallida”, como diría el propio Halperín Donghi, para continuar con uno de los mejores historiadores de nuestro país, que debió emigrar, justamente, por la

dictadura de Onganía. Sin embargo, pese a la ininterrumpida caída de Argentina en su participación del Producto Bruto Mundial, desde 1929, resulta imposible aseverar que el destino de los países y naciones esté fijado de antemano o quede prisionero de un determinismo histórico. Las sociedades son su pasado y un presente que lo actualiza, con mayor intensidad de lo que con frecuencia se admite o se comprende, pero también son su futuro, a condición de que se tenga la capacidad de concebir uno en el interior de un mundo cada vez más incierto.

Cuestiones de método, cuestiones personales

Me permitiré referirme a la situación personal que intervino en este libro. De los diversos títulos que me llevaron décadas, ya sea de narrativa, poesía o ensayo, ninguno fue demorado tanto como éste, ya fuera en sus conclusiones o en producir las páginas finales que lo condujeran a la imprenta. Desde su título, *El desierto creciente* -que el generoso y optimista poeta Rodolfo Alonso anunciara, en la década del 80, como de pronta aparición- conlleva un escepticismo que hasta a mí me parecía excesivo, pero que, lamentablemente, desde aquellos años hasta el día de hoy, el curso de los acontecimientos no sólo avaló con creces esta óptica, sino que sobrepasó los peores pronósticos. Sin embargo, su título no estaba circunscripto a los hechos políticos y sociales de nuestro país, sino de manera fundamental a la probabilidad de una catástrofe planetaria, que Nietzsche preanunció, en *Así hablaba Zaratustra*, bajo la luminosa y terrible fórmula de “el desierto crece” y que muchos científicos consideran inminente a raíz del impacto, en todos los niveles, sobre el Medio Ambiente. El ciclo del agua, del aire y de la energía se encuentran alterados por la actividad industrial, cuyos primeros registros de dióxido de carbono se pueden encontrar en el Polo Norte y ser fechados hacia 1750.

También es verdad que su otro origen se remonta, principalmente, a la “desaparición” de mi hermana, el 7 de junio de 1976, secuestrada delante de mis padres, en Córdoba, en una zona “custodiada” por los militares, a escasos metros de la entonces Casa de Gobierno de la provincia. A las pocas semanas de este hecho, mi madre me escribió una carta, donde en medio de su dolor se filtraba también su desconcierto: “¿qué nos ha pasado a los argentinos?”, se preguntaba, preguntándome. Casi medio siglo más tarde esa cuestión intenta ser examinada

de la manera más amplia posible, sin la pretensión de proveer una respuesta, sino la de esbozar una aproximación, que nos permita comprendernos mejor, a pesar de que esa pregunta ha repiqueteado dentro mío, como una letanía, cuando se trata de comprender lo ininteligible.

Forzoso es entonces que este ensayo no sólo contenga una apreciación libre y flexible de los factores económicos, sociales y políticos, en sus distintos niveles, que marcaron estas décadas, sino también una apreciación personal intransferible. Mi temprana lectura de la *Crítica de la Razón Dialéctica* del injustamente demasiado devaluado Jean-Paul Sartre, en especial de su parte introductoria “Cuestiones de método”, me enseñó desde muy joven que era imposible analizar un fenómeno social o político sin iluminar los hechos desde diferentes ángulos, sin “las mediaciones de las disciplinas auxiliares” y sin atravesarlo por miradas múltiples, heterogéneas y complejas; en otros términos: “la dialéctica no es un determinismo” (Sartre, 1964)³. Pero en este caso también se agrega uno de los fenómenos observados por la microfísica, según la cual el investigador forma parte de lo investigado. No puedo escapar al hecho de ser parte del campo de experimentación, ni tampoco puedo lograr despojarme de las emociones que me han embargado mientras transitaba por “este infierno tan temido”. Nadie que haya atravesado por el calvario de “conocer” las sevicias y las torturas sistemáticas a las que eran sometidos todos los prisioneros, salvo algunas excepciones de jefes guerrilleros que estaban en condiciones de negociar su estrecha colaboración, ha salido indemne, especialmente si el capturado era un miembro de su familia, pues estos acontecimientos dejaron secuelas que el actual museo en la ex ESMA, en muchas ocasiones, ofende, en especial la grosera asimilación de una falsa desaparición (como la de Santiago Maldonado), con las reales desapariciones de la década de los 70'. Son ausencias que, por su violencia, continúan dejando su marca. No obstante, he intentado, para no quedar atrapado en la maraña que constituyen los dolorosos sentimientos, analizar estas situaciones como si no le hubieran ocurrido a un ser querido, sino a un conjunto de personas, entre las que me podría haber encontrado, que también actuaron en estas circunstancias, especialmente en el caótico periodo de 1973-1975, donde en

³ A la luz de los acontecimientos posteriores está fuera de discusión la falsa creencia de Sartre de que “el marxismo es la filosofía insuperable de nuestro tiempo”. De cualquier modo, es imposible minimizar la enorme influencia que ha tenido el marxismo en los estudios históricos, sociales y económicos.

lugar de imperar la calma democrática primó una violencia salvaje que fue el antecedente inmediato y casi forzoso, a juzgar por lo acontecido en Brasil, Uruguay y Chile, del terrorismo de Estado inaugurado el 24 de marzo de 1976. No hay que olvidar que la mitad de la población actual del país no había nacido todavía en esa luctuosa fecha.

Creo que esta oscilación de una sociedad que a comienzos del siglo XX creía vivir “en el mejor país de la tierra” a otra que pasó a habitar en “un país de mierda” y que no sabe ya a cuál mito o mentira recurrir para apaciguar la angustia que produce encontrarse frente a situaciones pavorosas y dentro de un país sin futuro, es la que ha forjado el carácter ciclotímico de una Argentina que no puede ser comprendida sin apelar a los recursos que nos proporciona la psicología y la psiquiatría. Nietzsche solía pregonar sus rasgos de psicólogo mientras se explayaba filosóficamente sobre el nihilismo. Abusando tal vez de las analogías, podría decir aquí que es imposible examinar las peculiaridades de nuestro país sin recurrir, al menos en parte, a la psicología social. Es más, a situaciones traumáticas que conducen a la psicosis.

En su ineludible ensayo *Un país al margen de la ley: estudio de la anomia como componente del subdesarrollo argentino*, Carlos S. Nino cita al historiador David Rock⁴, quien diagnostica: “La falta de completitud de esta revolución de finales del siglo diecinueve extrajo un precio severo en los años 30 de este siglo, cuando la Argentina entró en otro ciclo descendente. A medida que el impulso externo hacia la expansión se debilitaba y desaparecía, la sociedad entró en crisis. La depresión de los años 30 resultó en un esfuerzo divisivo y finalmente abortado de recobrase bajo Perón, seguido por una creciente, y hasta 1982 imparable, declinación” (Nino, 1992). Carezco del original de David Rock, aunque presiento que la traducción podría haber sido más clara, pero el espanto no reside ahí, sino que 40 años más tarde se pueda suscribir exactamente lo mismo. Ya se conoce muy bien la *boutade* según la cual si uno deja Argentina durante diez días al regreso encontrará todo cambiado, pero si vuelve en 10 años la encontrará igual, es decir, peor, siempre un escalón más abajo, puesto que durante décadas nuestro país ni siquiera alcanzó un crecimiento que compensara su crecimiento

⁴ David Rock (1982). *Argentina 1516-1982*. Los Ángeles UCLA.

demográfico. ¿Quién podía pensar a mediados de los 70 que medio siglo más tarde tendríamos el mismo ingreso *per cápita*?

Las Malvinas: símbolo de un fracaso

Después de la insólita Guerra de las Malvinas y después de una deliberada política de empobrecimiento por parte de los militares y de Martínez de Hoz, los responsables de la derrota y de la devastación le entregaron el gobierno a Alfonsín con una pobreza que había crecido de menos del 10%, bajo el gobierno de Isabel Perón y del Rodrigazo, al doble en 1983. Alfonsín optó, en un primer momento, por no informar del estado calamitoso en que se encontraba el país. Por el contrario, su fórmula de “con la democracia se come, con la democracia se educa, con la democracia se sana”, se convirtió en un fuerte obstáculo a la hora de sincerar una situación que, obviamente, no había sido producida por la democracia. Pero debemos recordar que durante décadas el valor del sistema democrático y republicano había sido disminuido, desde 1930, por muy diferentes vías, hasta el final de la última dictadura. Recuerdo muy bien cuando en México, se escuchó la primera noticia sobre la ocupación militar de las islas. Mi primera reacción fue decir en voz alta: “¡así que le vamos a deber la democracia a la Thatcher!”. Este verdadero escándalo, este crimen de la guerra, por su imprevisión, falta de idoneidad, aventurerismo y, sobre todo, cobardía de los altos jefes, al intentar un salto hacia adelante que los liberara de las responsabilidades de todos los asesinatos cometidos en la famosa “guerra contra la subversión”, no tuvo culpables, pese a la severidad del *Informe Rattenbach*, que fue descartado por los mismos que lo solicitaron. Esta situación marcó y condicionó mucho más de lo que se supone el desarrollo de los acontecimientos posteriores.

Unos pocos años antes se había producido la retirada de los militares griegos del poder. Después de la invasión de Turquía a Chipre, producida en parte por la incapacidad de la “dictadura de los coroneles” en proporcionar una solución política a la cuestión de la independencia de Chipre. A pesar de su derrota ellos habían pretendido permanecer a cargo del gobierno. En ese momento, Constantinos Karamanlis, con el apoyo de todas las fuerzas civiles, conminó al régimen a entregar el gobierno de inmediato. Las elecciones se celebraron cuatro meses más tarde. Entre nosotros, nada semejante ocurrió. En la insensata guerra

de Malvinas, casi todas las fuerzas políticas, con la excepción de Alfonsín y de algunas figuras menos relevantes, habían otorgado su apoyo incondicional a la dictadura, bajo el pretexto de que era necesario postergar los reclamos por los desaparecidos, concediéndoles en los hechos una impunidad anticipada por todos sus crímenes que, mucho tiempo después, en medio de piruetas jurídicas, se volvieron imprescriptibles. Sobre todo, fue el peronismo el que más insistió en dar vuelta la página.

En abril de 1982 fueron a México Vicente Saadi y Jorge Vázquez, ex subsecretario de Cancillería en el gobierno de Cámpora, solicitando el apoyo incondicional de los exiliados a la ocupación de Malvinas y, obviamente, el respaldo frente a la dura respuesta de Gran Bretaña. Me avergüenzo de no haber sido capaz de formularle a Saadi, en medio de las proclamas anticipadas de victoria, la pregunta que tenía en la punta de la lengua: “O sea, ¿la posibilidad de una derrota no fue considerada?” Según él, la dictadura se estaba cayendo a pedazos por las luchas del pueblo, pero que ahora debíamos encontrarnos todos unidos. La reunión con Vázquez fue más lamentable todavía, ya que se hacía servir whisky en tazas de té, que bebía una tras otra, de tal modo que la incoherencia iba ganando peso a medida que trataba de justificar lo injustificable.

En un largo artículo destinado al examen de la realidad argentina, con motivo de la aparición del libro de Jacobo Timerman, *Preso sin nombre, celda sin número*, escribí en marzo de 1982: “La cúpula militar se vio tentada ya por una huida hacia adelante, dirigida a neutralizar los conflictos internos, y esto se hizo evidente en los preparativos bélicos contra Chile. La recuperación de las Malvinas, con anuencia de los EEUU, puede constituir un nuevo elemento en la búsqueda de un consenso interno que postergue el estallido de los disentimientos”⁵. No se trata de rescatar este pequeño acto profético, sino tan sólo de manifestar los caracteres previsibles de los acontecimientos y de las tendencias. Además, es justamente en ese artículo donde el presente libro tiene otro de sus orígenes. Obviamente, me equivocaba en soñar que Estados Unidos pudiera soltarle la mano a su principal aliado desde la Primera Guerra Mundial. Pero no me equivocaba tanto al juzgar que, con esa invasión, la cúpula militar había vuelto la guerra inevitable. Recuerdo que, por esos días, cuando la flota

⁵ "El desgarramiento argentino", en *Sábado* N° 229 y 230, marzo de 1982.

británica ya había despegado, mi amigo de entonces, Mempo Giardinelli, me dijo, frente a la hipótesis de un conflicto bélico: “Pero no, Negro, sólo van a tirar unos tiritos”. Yo le contesté que era imposible que la tercera flota del mundo se movilizara sólo para un escaqueo sin importancia. “Hasta la recuperación de las islas y una derrota, no paran”. Antes que se produjeran los primeros enfrentamientos escribí un artículo, donde desarrollaba esta hipótesis, pero otro argentino, el “Gallego” González, secretario de Redacción del diario, dilató indefinidamente su publicación, al punto que Huberto Batis, director del Suplemento me reprochó que no me hubiera dirigido a él para asegurar que apareciera. Hasta el día de hoy ignoro si se trataba de defender una línea política o, simplemente, de otro mecanismo de negación, al que los argentinos somos adeptos.

Menciono estos detalles como síntomas y al solo efecto de subrayar justamente nuestra capacidad de negación y nuestra profunda tendencia a inventar una realidad que, en los hechos, existe exclusivamente en nuestra superficial comprensión del mundo. El mismo 2 de abril de 1982, uno de los directivos de Bancomer, muy importante banco de México en esa época me informó que ya habían cursado la orden de impedir todo crédito al Estado argentino. “¿Por qué el gobierno no entrega las islas a las Naciones Unidas para evitar un enfrentamiento?”, me preguntó a la semana siguiente sin que yo pudiera concebir otra respuesta que no fuera la imposibilidad de retornar a un punto de equilibrio después de haber desatado la tormenta. La euforia de la población les impedía a los militares retroceder. Muchos años después, en privado y cuando ya no ocupaba el alto cargo que tuvo en el gobierno de Obama, Arturo Valenzuela aventuró una explicación muy sencilla: “A ustedes le hicieron lo mismo que a Hussein [refiriéndose a su ocupación de Kuwait]. Primero los alentaron y después los combatieron”. Entre tahúres hay que saber jugar muy bien al póker. Gran Bretaña logró retrotraer la situación varias décadas, ya que los fallos de Naciones Unidas, durante todo el periodo anterior a la guerra, les habían sido claramente desfavorables. Ni querían, ni podían, en un escenario global, abandonar el Atlántico Sur. Pinochet se montó sobre este esquema y fue un aliado fiel de Gran Bretaña. Cuarenta años más tarde nos encontramos, en relación con las islas y sus recursos, mucho peor que antes. ¿La cúpula militar habría cometido además alta traición? Imposible saberlo.

El valor de la democracia y del espectáculo

En esos momentos no parecía claro que la sociedad civil se aprestaba a refundar la democracia. Es probable que fueran necesarios los golpes traumáticos del “terrorismo de Estado” empleado en “la guerra contra la subversión” y la derrota en la guerra de las Malvinas para comenzar a entender el enorme valor de vivir en un estado de derecho. Estos acontecimientos, rápidos en su desenlace como en su nacimiento, deben ser situados sobre un ritmo más lento para que adquieran su verdadera tonalidad. La democracia no fue así la consecuencia de una lucha directa por parte de la sociedad civil, sino más bien el resultado de las sucesivas derrotas (sobre todo económica y militar) de las Juntas gobernantes y de sus locuras manifiestas.

Uno de los principales responsables del terrorismo de Estado, Antonio Bussi, quien en Tucumán después, violentando toda lógica y toda comprensión de los fenómenos sociales, fuera consagrado gobernador a mediados de los noventa, por elecciones libres, quiso hacer desaparecer de su vista, además de los subversivos, a tontos y enfermos de todo tipo, de tal forma que ordenó que éstos fueran depositados en la frontera del lado de la provincia de Catamarca. Hasta para los catamarqueños era demasiado y se los devolvieron a Bussi. El hecho podría ser calificado de surrealista, si no tuviera temor de ofender al espíritu surrealista, así que lo denominaré simplemente de “esperpéntico”, siguiendo la tradición del gran Valle Inclán y de su *Romance de Lobos*. Por esa misma época, una “dama” robó la capa de la reina Sofía, que con el rey Juan Carlos habían venido a una visita de Estado, una manera de convalidar una dictadura que recibía también la protección de la Unión Soviética y de Cuba.

A modo de ejemplo, y para no ir tan lejos en el tiempo -en un país donde los proyectos a largo plazo, en la actualidad, como mucho cubren un lapso de cinco años-, en la época de Menem, un antiguo catedrático de la Universidad de París, ex Secretario de uno de los ministerios durante esas presidencias, prefirió, al igual que esos patricios del imperio romano que elegían renunciar a sus prerrogativas para subir al escenario, actuar en un teatro de revistas, en lugar de continuar con sus actividades académicas. Otro, un juez, pese a la obligación que le impone la ley acerca de “una conducta proba”, fue filmado en un prostíbulo para homosexuales, y en lugar de ser separado de su cargo fue amparado por la

dirigencia kirchnerista para que continuara en funciones hasta su jubilación bajo el gobierno de Macri. Otro juez, esta vez perteneciente a la Corte Suprema, tenía algunas de sus propiedades alquiladas a diferentes prostíbulos. Estas conductas, estos síntomas, reflejan con extrema claridad que no existe ningún eje axiológico, ninguna escala de valores que guíe a la inmensa mayoría de los dirigentes. En este contexto, ¿cómo no se montaría con singular éxito una red de corrupción, conducida desde la misma Presidencia de la Nación, a partir de 2003, cuyo costo hay que cifrar en muchos miles de millones de dólares? Según Fernando Henrique Cardoso, el costo de la corrupción en Brasil y en Argentina, oscilaría o habría oscilado entre el 8 y el 12% del PBI. ¿Cómo es factible entender, con algún parámetro de normalidad, comportamientos de locos y/o delincuentes? ¿Deberemos admitir que el *pathos* nos gobierna desde hace mucho tiempo? Muchos de los comportamientos de Cristina Fernández de Kirchner habría que situarlos también en esta perspectiva.

Estos ejemplos anodinos no hacen más que revelarnos que, de pronto, al igual que en Disneyworld, los habitantes de esta región del planeta se sienten autorizados a actuar en la mayor de las desinhibiciones, porque como señaló Julio Mafud, un sociólogo demasiado olvidado, hace más de cincuenta años, nos encontramos viviendo en un estado permanente de anomia (Mafud, 1965 y 1966). La anomia ha pasado a ser una parte constitutiva de nuestra sociedad, del Estado y de sus leyes. En lugar de una situación excepcional quizás nos encontramos con lo que Émile Durkheim llamó “el suicidio anómico”, donde el individuo no puede reproducir ni respetar las normas sociales. Una de nuestras costumbres ancestrales ha sido la de escupir al cielo, de tal forma que no se puede descartar que durante muchas décadas nos hayamos acostumbrado a mirar un mundo que no existe.

Un país sin reglas en medio del desierto

La falta de reglas, o el escaso respeto por ellas, es uno de los rasgos centrales de nuestro país, con el agravante de que esa conducta es considerada normal e, incluso, deseable. Mientras no seamos capaces de reconstituir una normativa mínima, que va más allá de su corpus jurídico, estaremos condenados a ser

aplastados por tiranuelos de cualquier color y raza y a navegar hacia el desierto en barcos sin rumbo.

En un artículo del año 2002, motivado seguramente por la gran crisis de diciembre del año anterior, su autor coloca como epígrafe una de las tantas frases luminosas de Borges: *Ser esa cosa que nadie puede definir: argentino*. Allí señala que “el desierto significó desde el principio en la historia argentina la ambivalente presencia de lo épico y lo trágico, bien reflejados en su literatura”. Inmediatamente antes, vinculando la fatalidad geográfica con la idea que nos hicimos de nosotros mismos, precisa que “la infinitud favorece la aparición de espejismos, ese fenómeno óptico que se produce cuando la reflexión total de la luz en las capas de aire más caliente que están en contacto con el suelo proyecta a la distancia las imágenes de las cosas invertidas”(Seguí, 2002). Ya Esteban Echeverría comenzaba *La cautiva*, con más de un siglo y medio de distancia, con sus famosos versos:

*Era la tarde, y la hora
en que el sol la cresta dora
de los Andes. El Desierto
inconmensurable, abierto,
y misterioso a sus pies
se extiende; triste el semblante,
solitario y taciturno
como el mar, cuando un instante
el crepúsculo nocturno,
pone rienda a su altivez.*

Esta obra emblemática de la literatura argentina del siglo XIX, a su vez está dividida en tres partes, la primera de las cuales se llama precisamente “El desierto”, precedida a su vez por un epígrafe de Víctor Hugo: *Ils vont. L'espace est grand*. En un lenguaje completamente diferente, Enrique Molina, en *Una sombra donde sueña Camila O’Gorman*, nos hace sentir la inmensidad de un espacio que no se dejaba controlar por el quehacer humano, con relámpagos de

una gran intensidad, que se nutren de perros cimarrones devastando las llanuras sin presencia del hombre, pero con abundante ganado vacuno, del cual se nutrían.

Por su parte, casi al comienzo de su *Facundo o Civilización y barbarie*, Sarmiento escribe una frase que tiene el raro mérito de la concisión gramatical y al mismo tiempo una gran vastedad conceptual; una frase arquetípica y fundacional que, obviamente, llamará la atención de numerosos autores y exégetas por su lúcida eficacia: “El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes, y se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias” (Sarmiento, 1980). Lo que resulta también incuestionable es la precisión del diagnóstico. Un país sin ocupación efectiva es un país a medias. No basta un extenso territorio para conformar una nación; son necesarios también, junto a la disponibilidad de los recursos, instituciones y organizaciones que los hagan entrar en el movimiento de la sociedad.

Sin duda, hay en Sarmiento un determinismo geográfico que vuelve algo anacrónico este poderoso ensayo que prácticamente dio madurez al género en toda Hispanoamérica. Pero no se trata aquí, ni se tratará, de precisar el anacronismo o la actualidad de este libro que aún tiene, por sus numerosos méritos estéticos, la fuerza de conmovernos y que, por esta vía, ha sido siempre algo más que un texto obligatorio en los estudios de literatura argentina. El *Facundo*, efectivamente, nos proporciona algunas claves para inteligir el peso de nuestro pasado o para avizorar algunos signos de nuestro destino y nuestro porvenir. Hay en él un rasgo fundacional que Sarmiento esboza en su ensayo.

El romanticismo, ampliamente perceptible en la Generación del 37, en una época donde todavía los que se interesaban por la política creían un deber interesarse por la cultura, en su sentido más extenso, no se visualiza de manera excluyente en Sarmiento o Alberdi, las dos máximas figuras que no se cansaron nunca de proclamar, en una suerte de letanía, que **gobernar es poblar**. Es natural que en la constitución de un país aparezcan pocos elementos simbólicos, que siempre vienen después y haya que ocuparse, en primer lugar, de los obstáculos reales que impone el espacio o poblaciones autóctonas, a las que hay que enfrentarse, regidas bajo otra organización. Sarmiento o Alberdi, en el

momento de pensar la nación y de construirla, no disponían de demasiados ánimos para atender debidamente la cuestión mítica. Era necesario contener el desierto *hic et nunc*.

Para ellos, la cuestión poblacional y la percepción del desierto no tenían nada de metafóricas o de retóricas. En su incipiente inserción global, toda la organización de los recursos y del país se encontraba amenazada por la escasez del número. El fenómeno no era nuevo. Pero a medida que transcurría el tiempo de la independencia política, la necesidad de contar con una población suficiente, más adecuada a este vasto territorio, se volvía una cuestión estratégica. Cuando Sarmiento escribió en Chile su famosísimo ensayo –el *Facundo* es también una especie de biografía novelada, ya que en ediciones posteriores su autor admite los errores fácticos, pero no los corrige- el país contaba con unos 700.00 habitantes, desigualmente distribuidos en casi dos millones de kilómetros cuadrados. Ahora bien, resulta paradójico que muchas veces han sido las expresiones literarias y artísticas, aquellos productos no sujetos a la dictadura de los hechos y acontecimientos; en fin, las manifestaciones creativas del hombre, las que han permitido reconstruir los distintos tiempos de una sociedad y de su historia. La fuerza y la enorme penetración que el *Facundo* conserva le viene por la libertad de su pensamiento más que por el alegato que lo anima. Este libro todavía posee la fuerza de la desolación, la constatación visceral de un desierto al que no se sabe cómo ponerle límites.

En 1845 una visión de tal naturaleza, que se preocupa ante todo por los aspectos estratégicos de un país, hubiera debido estar mucho más cercana al positivismo que al conflicto entre el hombre y el mundo, que puede ser descripto por medio de elementos líricos. Ocupar los lugares vacíos, organizar su red de comunicaciones, fortalecer las ciudades pensadas y encaradas desde el Estado eran tareas que requerían al mismo tiempo la construcción del Estado y de la Nación, sin que hayan podido vislumbrar con precisión, y mucho menos sus herederos, que lo que estaban haciendo, no sólo Alberdi y Sarmiento, sino también Rosas y Marco Avellaneda, era la construcción de un Estado-nación. En síntesis, las características de este joven país y de este territorio, recientemente liberado de la tutela colonial, para caer en una crisis de organización que duraría cerca de medio siglo, con algunos breves lapsos de paz interior, volvían muy difícil

que la organización del Estado no terminara por confundirse con la construcción de la Nación.

Uno de los máximos ejemplos de la asimetría existente entre lo deseable y lo real, entre el poder y la justicia, lo constituye el hecho evidente que mientras más avanzamos en una problemática planetaria (globalización), más se despiertan las reivindicaciones nacionales y locales. Más se acentúa el resurgimiento de etnias y comunidades aparentemente dormidas y más se revela improbable que el actual Estado-nación sufra un cambio en favor de su propia población mayoritaria. Más nos introducimos en una urdimbre, extremadamente densa, que atañe a todos los puntos del planeta, y más se ha sancionado el aspecto de la soberanía del Estado- nación, que casi siempre ha consistido en soberanía para reprimir sus poblaciones y no para defenderse adecuadamente de las potencias en juego.

De tal modo que el Estado-nación no fue un triunfo organizativo automático en esta compleja historia de las sociedades. Para algunos territorios que conocieron en otro tiempo el entramado de una civilización, como en el Islam, el Estado-nación constituyó una verdadera involución. En el caso Hispanoamericano, no caben dudas que una federación agrupando a las antiguas colonias hubiera significado un cambio enorme en la situación política de la época. El sueño y la determinación de Bolívar y San Martín para impedir el desmembramiento no fueron suficientes para neutralizar el poder de los rivales de España en este nuevo reparto del mundo y sobre todo, los reales límites geográficos y espaciales para la concreción de este proyecto.

Cuando Sarmiento escribe la frase mencionada, nuestro país, además de encontrarse apenas poblado y muy mal institucionalizado, disponía de una administración poscolonial de apenas treinta años; un plazo demasiado breve para organizar coherentemente un territorio que, por añadidura, era varias veces más grande que España. El aparato del Estado era demasiado incipiente en el momento de producirse la Revolución de Mayo. Con esto quiero señalar que quizás, más que en otros lugares de Hispanoamérica, el desmembramiento del Virreinato del Río de la Plata trajo como consecuencia que el Estado y la Nación terminaran por confundirse y que posteriormente no se los pudiera discernir.

Es interesante subrayar que ciertos rasgos culturales permanecen mucho

tiempo después que han desaparecido las condiciones que le dieron origen, volviéndose constantes en el carácter de un pueblo o de una nación. No es casual que haya sido el mismo Simon Kuznets quien observara, como si también él fuera un miembro de la Escuela de los Anales, “todo presente se explica por un pasado relativamente lejano”.

El problema organizativo de nuestro país estuvo en el centro de nuestra problemática, antes y después de 1853. Es ilustrativa la respuesta del cónsul inglés al Primer Ministro Lord Palmerston. Posiblemente Gore debió aclararle a su superior, después de una reprimenda o reproche, por su actitud complaciente hacia Rosas, a fines de la década de 1840, que no era verdad que ignorase que Rosas era un dictador y un hombre muchas veces cruel, pero que a él lo asombraba que fuera capaz de gobernar "un pueblo tan díscolo".

Alberdi en *Palabras de un ausente en que explica a sus amigos del Plata los motivos de su alejamiento* lo formula con precisión insuperable: “La política que no sepa apoyarse en nuestros campos para resolver el problema de nuestra organización y progreso, será ciega, porque desconocerá la única palanca que hace mover este mundo despoblado. Dominar el desierto sin el hombre del desierto, ¿es algo que tenga sentido común? Siempre que veáis en Sud América otra cosa que un mundo despoblado, incurriréis en error”. El error está en la base de nuestra incapacidad para percibir aquello que hay de constante o transitorio en nuestro horizonte. En otro de sus escritos remata: “El suelo que produce riquezas sin demasiado trabajo, fomenta hombres que no saben trabajar” (Alberdi, 1999).

La esclavitud fue casi inexistente en el Río de la Plata, y menos en los territorios productores de mula (partes de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba) porque se hubieran necesitado demasiados hombres para vigilarlos. Recordemos que, desde una fecha muy temprana, la región pampeana se asoció a la explotación de las minas de plata, especialmente a las de Potosí, mediante la producción sistemática de mulas. Por otra parte, los esclavos domésticos se cotizaban en Buenos Aires mucho más que en cualquier otro lugar de la vasta América, por la sencilla razón que, con frecuencia, estaban dotados además de alguna especialidad. El comportamiento descrito muy tardíamente por José Hernández, hombres díscolos reacios a someterse a la coerción social,

estaba también en la base del entramado laboral. Durante la primera mitad del siglo XIX, alrededor de un tercio de la población estaba dedicada al transporte de mercancías. La ganadería extensiva, la insuficiencia de los caminos y la dimensión del territorio conspiraban contra la esclavitud mucho más que la buena conciencia de los primeros patriotas que la derogaron en 1813.

La deconstrucción

Como puede notarse, no se aborda aquí la problemática filosófica que implica la noción de deconstrucción, propuesta por Derrida, pero que deriva esencialmente de Heidegger. Creo que es suficiente mencionar que para el filósofo alemán la deconstrucción es el examen del entramado, del montaje (*Ge-stell* es la palabra alemana que utiliza), del andamiaje que el hombre ha construido tanto desde la técnica como por la visión del mundo que responde a este sistema (Espejo, 1987). Es probable que actualmente estemos siendo obligados, en virtud de los desafíos que presenta la propia realidad, a reflexionar sobre la misma idea que hemos ido forjando de nación, sobre todo a partir de la aceleración de la globalización, que a su vez presupone una noción determinada de estos colectivos.

Resulta prácticamente imposible comprender el proceso de conformación de un país o de una nación sin situarnos en una perspectiva de “larga duración”, con una mirada que sepa examinar un periodo lo suficientemente prolongado que nos permita poder elucidar factores que, por lo común, no se encuentran en la superficie de los acontecimientos. Como lo hubiera deseado Kant, hay que dirigirse al espacio y al tiempo que han gravitado en estos diversos fenómenos que, luego, convergerían en nuestra nación. De todos los países de América Latina, surgidos de las guerras de la Independencia, hemos sido uno de los más reacios a considerar el periodo colonial como parte constitutiva de nuestra historia. La Revolución de Mayo, a nivel imaginario y conceptual, pasó a ser el primer eslabón de la cadena nacional; sin embargo, el peso de las estructuras heredadas de la época colonial no ha sido menos fuerte que en otros países, sino menos visible. El otro aspecto esencial en esta distorsión ha sido el peso de la ciudad de Buenos Aires en desmedro de la amplitud territorial de las provincias y sus poblaciones. En su película *El exilio de Gardel*, Pino Solanas proporciona un ejemplo prístino de esta actitud. Uno de sus personajes exclama: “¡Cómo

extraño Argentina, cómo extraño la calle Corrientes!” Esta sinécdoque, esta sustitución del todo por una de sus partes es impensable en México, Colombia o cualquier otro país hispanoamericano, donde una ciudad reemplaza, literalmente, desde el punto de vista simbólico, al inmenso territorio que la rodea. En suma, para parangonar a Ortega, una Argentina invertebrada.

El peso de la historia

Felipe Fernández-Armesto concluye uno de sus excelentes libros diciéndonos después de una vasta mirada planetaria sobre finales del siglo XV y comienzos del XVI que "la historia no tiene rumbo. Se retuerce y se tambalea, gira y caracolea, pero nunca mantiene mucho tiempo una misma dirección" (Fernández-Armesto, 2010). Esto supone que nada está completamente dicho de antemano y que los factores que intervienen en la conformación de un proceso son múltiples y complejos. Este historiador inglés tuvo la audacia de reexaminar la perspectiva de la incorporación de la enorme masa territorial de América y del Océano Atlántico a la región de Europa Occidental, trasladando de este modo el eje de la economía-mundo, que durante milenios se había situado en el continente asiático. Después de cinco siglos de hegemonía pareciera que el eje ha comenzado a desplazarse de nuevo en esa dirección.

La primera fase de la tan mentada globalización se produce en el mismo momento que los europeos pisan el *Orbis Novum* de manera sistemática y, al margen, de las esporádicas excursiones de los vikingos. Faltaba aún mucho tiempo para que surgiera el pensamiento de Nietzsche y un poco menos para la formación del pensamiento moderno, pero el proceso de Conquista y colonización puso en práctica lo que la teoría pudo precisar bastante tiempo después. La voluntad de poder, la ***voluntad de conquista***, fue algo inherente a esta etapa en la que Europa Occidental no trepidó en convertirse en el basamento inicial del amo del mundo, tarea que completó, un siglo después, con la filosofía moderna y un ser humano haciendo girar el universo en torno suyo, esta vez no por medio de Dios sino del conocimiento.

La circulación de nuevos alimentos y la rápida propagación de nuevas enfermedades nos permite ahora avizorar en parte lo que ha significado el impacto del “descubrimiento de América” y el proceso requerido para una nueva

configuración y un nuevo imaginario. Este proceso fue denominado *La invención de América* por el historiador mexicano Edmundo O'Gorman (1995). El acontecimiento más importante “desde que Cristo vino a la Tierra”, según uno de los humanistas de la primera mitad del siglo XVI, nos muestra la conciencia que los habitantes de la época, especialmente los gobernantes, tenían sobre este punto. En la bula de Alejandro VI, redactada en el mismo año del “descubrimiento”, ya se reparten tierras de las que no existía ninguna comprobación fidedigna. Hay un espíritu ya de jugadores planetarios en este proceso que Braudel ha denominado, para designar la apropiación del continente americano, "La apuesta de las apuestas". Se movilizaron las energías de los puntos más remotos de Europa occidental. Nuestro primer cronista, Ulrico Schmidl, era de origen alemán y su *Viaje al Río de la Plata* (1567) se convirtió en un testimonio de altísimo valor. Como puede verse, el nacionalismo argentino siempre fue de pacotilla, de oropeles y *flatus vocis*.

Orbis novum y *orbis terrarum* fueron nombres apropiados para designar al Nuevo Mundo y al anterior, un nuevo mundo que se abría con sus enormes riquezas, en contraposición al otro, al mundo terráqueo relevado durante muchos milenios, donde la existencia de imperios y de organizaciones sociales más o menos bien conocidas, a finales del siglo XV (el chino y el otomano principalmente), ponían un claro límite a la expansión de la Europa occidental hacia el oriente. Fue justamente la rápida explotación de los enormes recursos americanos lo que les permitió a los occidentales inclinar la balanza a su favor. La nueva ruta de las especias se transformó, a decir verdad, en una explotación minera desenfrenada, que se agregó al saqueo de metales ya elaborados por las sociedades prehispánicas.

El ejemplo por excelencia de la conformación de la economía-mundo, en lo que se refiere al vasto espacio anterior a la creación del Virreinato del Río de la Plata, es, como ya señalamos, su temprana asociación a la explotación de los metales preciosos, a su aporte con la producción ganadera y la venta de mulas, es decir, participación en una actividad decidida, en aquella lejana época, en los principales centros europeos, y no sólo por la Corona española. El mundo global actual, con su permanente flujo de información; con su energía basada en los hidrocarburos, donde la red eléctrica sirve de soporte para lo fundamental de los

puestos de comando de la cibernética; con sus transacciones financieras, que parecen realizarse en una simultaneidad que rompe con el tiempo real; ese mundo global, que hoy está en casi todas partes, se insinuaba ya desde los primeros años de la Colonia, en lo que Carlos Marx titulara, hace un siglo y medio, “la llamada acumulación originaria del capital” (Marx, 1976, cap. XXIV, libro I)⁶.

Al fin y al cabo no es tan extraño que uno de los primeros en comprender los alcances de la economía mundial haya sido el cada vez más valorado Carlos Marx, al menos por los economistas vinculados al mundo de las finanzas. Sin duda, hay una verdadera asimetría entre los aportes teóricos realizados a las ciencias sociales y a la historia, y los resultados de las revoluciones que se realizaron en su nombre. El Libro III de *El Capital* lleva por significativo título “El proceso global de la producción capitalista”. En él advierte que “la súbita expansión del mercado mundial, la diversificación de las mercancías en circulación, la rivalidad entre las naciones europeas por apoderarse de los productos asiáticos y de los tesoros americanos, el sistema colonial, contribuyeron fundamentalmente a derribar las barreras feudales de la producción. Sin embargo, en su primer periodo, el de la manufactura, el modo de producción moderno sólo se desarrolló en aquellos lugares en los cuales las condiciones para ello habían surgido durante la Edad Media” (tomo 3, sección 6). Lo que Marx ha advertido es lo que transcurre ante nuestros ojos y que no se debe a su capacidad profética, sino a la comprensión de los elementos estructurales que se esbozaban en el mundo de su época.

Por su parte, Fernand Braudel, uno de los mayores historiadores que diera el siglo XX y pieza decisiva de la Escuela de los Anales, en una obra ejemplar, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII* (Barcelona, 1984), en el volumen que titulara “Las estructuras de lo cotidiano”, describe:

En el amplio reino del Perú, en 1776, se emplean 500.000 mulas en los tráficó de la costa o de los Andes, o para los tiros de carrozas en Lima. El inmenso reino importa quizás 50.000 mulas al año, del sur, de la pampa argentina. Allí, vigiladas desde lejos, crecen en estado salvaje, para más tarde ser empujadas hacia el norte por peones a caballo, en enormes rebaños de varios millares de cabezas, hasta Tucumán y Salta, donde se empieza a adiestrarlas con ferocidad; finalmente, son trasladadas a Perú, o a Brasil, y sobre todo a la enorme feria de Sorocaba. Esta

⁶ “La llamada acumulación originaria no es, pues, más que el proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción. Se la llama «originaria» porque forma la prehistoria del capital y del modo capitalista de producción.” Cap. XXIV del Libro I.

producción y este comercio evocan, para Marcel Bataillon, la actual industria automovilística “y su mercado interior en un continente abierto a la motorización” (Braudel, 1984).

Uno de los principales estudiosos de esta urdimbre, imprescindible de conocer para captar el lugar donde hunde sus raíces nuestro país, fue Claudio Sánchez-Albornoz, cuando ninguno de nuestros historiadores había advertido todavía el enorme peso que la naturaleza había puesto a nuestro alcance. “Vacas, vacas, vacas” dice Sarmiento en el *Facundo* para describir nuestro paisaje. La reproducción de animales se había dado en el transcurso del siglo XVI a una velocidad sorprendente, ya que ocupaban un nicho biológico completamente virgen, sin depredadores que pudieran contener esta expansión arrolladora. Los caballos y el ganado bovino habían puesto a disposición de los habitantes de estas tierras un reservorio energético de una magnitud desconocida.

Vale la pena citar una vez más a Braudel, para reflejar, aunque más no sea por medio de un fragmento, el denso entramado sobre el cual se desarrollaban las actividades humanas en la época colonial:

Desde finales del siglo XVIII corren en la pampa los más sorprendentes jinetes del mundo, los gauchos. ¿Qué vale entonces un caballo? Dos reales; todo el mundo puede tener caballo, es muy fácil de conseguir. Un buey ni siquiera tiene precio de mercado, pertenece a quien se apodera de él, con lazo o con bolas. Sin embargo, una mula llega a costar 9 pesos en Salta. Como un esclavo negro vale frecuentemente en Buenos Aires 200 pesos, el Nuevo Mundo, con estas tarifas, valoriza al hombre, a disposición del cual pone, además, todo un mundo de animales (Braudel, 1984).

Para tener una idea más clara de lo que esto significa habría que hacer algunas cuentas. Una mula equivalía hasta 36 caballos. Un esclavo en Buenos Aires costaba cerca de 800 caballos. Por la misma fecha, entre la última década de 1790 y la de 1800, en Sudán se pagaba un caballo con cinco esclavos, aunque a comienzos del siglo XVI un caballo costaba doce esclavos. En Goa, un caballo se intercambiaba hasta por veinte esclavos, lo cual revela que el costo del hombre en el Río de la Plata era, en una lógica difícil de sostener hasta sus últimas consecuencias, el de 16 mil esclavos en Goa. El valor del ser humano se encarece notablemente en los espacios desiertos. Sarmiento advertía en el *Facundo* que el habitante de nuestro país se llevaba mal con los otros pueblos de Hispanoamérica por la alta conciencia que tenía de su propia valía. Yo me pregunté en varias ocasiones de qué podían estar tan orgullosos los argentinos de aquella época. Y la

única respuesta que pude formular fue: de su escasez.

Cada asentamiento valía su precio en plata. Cada mojón, cada posta, cada pueblo, formaba parte de una red más general, cuya explicación y consecuencias estaban más allá de ella. La pintura de la escuela cuzqueña, las catedrales de Jujuy y Salta, la bellísima, aunque un poco descuidada capilla de Yavi, en la actual frontera con Bolivia, son el resultado de estos poderosos intercambios, cuyo metálico iba a terminar, en gran medida, en Buenos Aires, ciudad-aldea organizada institucionalmente en torno al contrabando y que ofrecía una serie de artículos aportados por ingleses, portugueses, holandeses y por todos aquellos que les interesara fisurar el monopolio que la Corona española tenía en los papeles. La interrelación existente con la economía del Alto Perú tiñe a la lucha por la Independencia de una generosidad indiscutible, ya que en aquella época los intereses se encontraban más en Potosí y Charcas que en el Río de la Plata (Espejo, 2006).

Sin embargo, mucho antes del Facundo existieron otras obras que terminaron por bautizar a Argentina. Me refiero a *Argentina y conquista del Río de la Plata con otros acaecimientos de los Reynos del Perú, Tucumán y Estado del Brasil* de Martín Del Barco Centenera (Lisboa, 1602), poema muy inferior a *La araucana* de Ercilla, pero de innegable importancia histórica. Por su parte, Ruy Díaz de Gusmán, nieto de Irala, termina de escribir en 1612 *La Argentina o Historia del Descubrimiento, Conquista y Población del Río de la Plata*, que circuló primero en diversas copias, habiéndose extraviado el manuscrito original.

En estas tierras casi desiertas, con gran abundancia de ganado, muy pronto se establecieron mecanismos especiales en la circulación de metales. A fines del siglo XVIII ya existían los especuladores que partían de Buenos Aires para cambiar, a costa de los menos avezados habitantes del interior o de las provincias, plata débil por plata fuerte, lográndose significativas ganancias. En las provincias un tipo de plata valía igual que la otra, no así en Buenos Aires que, por sus asiduos contactos con el exterior, con la incipiente red mundial, establecía la diferencia entre un metal y otro. Dos siglos después, Ezequiel Martínez Estrada, en *La cabeza de Goliath*, aseguraba que “Buenos Aires es el primer impedimento para intuir nuestra historia, y nuestra historia es el supremo impedimento para comprender nuestra realidad” (Martínez Estrada, 1994).

El viaje de Buenos a Lima de Concolorcorvo, cuyo verdadero nombre fue Alonso Carrió de la Vandera, fue titulado finalmente *Lazarillo de ciegos y caminantes desde Buenos Aires hasta Lima*. Cuando describe al Marqués de Tojo, cuyo marquesado abarcaba parte de Tarija, Tupiza, la puna de Jujuy y Salta, destaca que es el hombre más rico entre Buenos Aires y Lima. Una de sus propiedades, con una magnífica capilla, se conserva en Yavi, cerca de La Quiaca. Hay una controversia acerca de cuál fue la primera edición, pero se puede aceptar que se trata de la realizada en Gijón, en 1773. Contamos así con diversos registros de nuestra historia que pasaron de modo muy fragmentario en la comprensión de nuestro pasado y de su consecuente gravitación en los hechos posteriores. En cualquier caso, producida la Independencia, al igual que en la mayoría de los países hispanoamericanos, se desarrollaron conflictos que durarían décadas antes de plasmarse el Estado-nación, tal como lo conocemos a partir de 1853.

El matadero es un relato excepcional, desde el punto de vista literario, que la crítica califica un poco inadecuadamente de romántico, y que Echeverría escribió hacia 1838, pero que se publica recién en 1871, de manera póstuma. La obra está mucho más cercana al realismo o al naturalismo, por la desnuda descripción de la violencia, que al mundo de los sentimientos del romanticismo. Uno puede verse tentado a ver en la tapa del libro uno de los famosos cuadros de Francis Bacon, tomados a su vez de Rembrandt, donde la res aparece en su esplendor y la carne se confunde con el espectador. *La cautiva* empieza con el desierto, aunque de manera central lo que desarrolla la obra es la falta de control sobre la población indígena y por lo tanto la insuficiencia en la organización del Estado.

La problemática desarrollada por Sarmiento en *Conflicto y armonía de las razas en América* (1884, “el Facundo en su vejez” según sus palabras) está a flor de piel en la Argentina actual. Hay todavía un racismo manifiesto, a veces latente, mucho más social que étnico. “¿Por qué Argentina se cree tan blanca?” me preguntó Octavio Paz en nuestro primer encuentro, allá en la ciudad de México, por el año 1982. En un primer momento atribuí la pregunta a cierta inquietud de los mexicanos en relación con una población fuertemente marcada por antepasados indígenas. Pero pronto comprendí que se trataba de una pregunta sobre la ideología imperante en nuestro país acerca de nuestras raíces blancas.

Recuerdo que contesté con un chiste: “Bueno, estoy yo para desmentirlo”, aludiendo a mi tez trigueña. Al leer a Clemenceau no me sorprendió encontrar un relato acerca de la convicción de un oficial, que había ido a París con motivo de la Feria Internacional de 1899, que le aseguraba que Argentina era el único país blanco de Latinoamérica. Clemenceau, sonriente, señaló a los soldados que se encontraban haciendo guardia, hombres morenos y aindiados. Impertérrito, el oficial le aseguró que “esos no cuentan”. Una respuesta parecida fue la que le propinó Victoria Ocampo a Octavio Paz, en 1947, cuando le señaló que “México no cuenta porque es un país de indios”. El poeta mexicano le respondió: “Nosotros seremos un país de indios, pero nunca hemos querido ser otra cosa”. Octavio Bunge, en *Nuestra América*, afirmaba antes del Centenario una tesis parecida. Se entiende mejor, entonces, la pregunta acerca de por qué Argentina cree (o creía) ser algo que no es. El problema de la identidad agrava la tendencia centrífuga de un país con una considerable extensión territorial, que todavía es incapaz de articular su territorio, como se refleja en el grave problema de la falta de radarización del espacio aéreo y de la indiferencia con que asiste al saqueo de su mar territorial. Peor todavía, incapaz de reorganizar la multitud de intendencias que pululan alrededor de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y que provocan una distorsión gigantesca en la gobernabilidad del país, un Cono urbano sobredimensionado en algunos aspectos y postrado en otros, donde en algunas partes se concentra una pobreza y una indigencia sólo comparable a los peores lugares del planeta.

Cuando hace unos pocos años se trazó el mapa genético de nuestra población, la inmensa mayoría quedó sorprendida al verificar que la mitad de los habitantes tenía alguno de los genes típicos de las poblaciones autóctonas. Esto puso de relieve que la broma acerca de que los mexicanos descendían de los aztecas, los peruanos de los incas y los argentinos de los barcos, poseía sólo el valor de una broma. El mestizaje ha sido la regla en todo el continente americano. En realidad, una de las grandes distorsiones, al realizarse un examen de los lineamientos fundamentales de nuestro país, proviene del hecho que no hemos aceptado lo suficiente que Argentina es un capítulo de la historia de América y que no puede ser plenamente inteligible si no es a través de esta dimensión.

Todos sabemos que el *Martín Fierro* de José Hernández es una obra clave

para comprender aspectos del inencontrable ser argentino. En uno de sus discursos ante el Senado, José Hernández, utilizando el concepto de Séneca, según el cual a aquel que no sabe hacia dónde se dirige, ningún viento le será favorable, advierte: "En la situación en que nos encontramos, nos hallamos con la República marchando siempre a lo desconocido, siempre a lo provisorio, yendo siempre a lo imprevisto, caminando sin brújula, sin saber a qué puerto debemos arribar"⁷. Hernández tenía perfecta conciencia de la provisoriedad como un esquema continuo de comportamiento, lo que se refleja con tanta precisión en los incomprensibles vaivenes de nuestra política exterior. ¿Pero qué nos indica de grave y de profundo el hecho de que las palabras del creador del *Martín Fierro* puedan conservar su vigencia un siglo y medio más tarde?

Bibliografía

Acemoglu D. y Robinson J. (2013). *Why Nations Fail: The Origins of Power, Prosperity, and Poverty*. New York : Ed Currency.

Alberdi, Juan Bautista (1999), *Mi vida privada y otros escritos*. Selección y prólogo de Miguel Espejo . Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes.

Asvazadourian, Jean-Pierre « L'Argentine, l'autre grand de l'Amérique du Sud », *Le Monde*, 2011.

Braudel Fernand (1984). *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*. 3 vol. Madrid: Alianza editorial.

Clemenceau Georges (1991). *Notes de voyage dans l'Amérique du Sud*, Unesco / París : Ediciones Utz [edición original: 1911].

Clemenceau Georges, *Correspondance 1858- 1929* (2008). Édition établie et annotée par Sylvie Brodziak et Jean-Noël Jeanneney. Robert Laffont/ Bibliothèque Nationale de France.

Clemenceau, le Tigre et l'Asie, Musée Guimet, 2014. Catálogo de la exposición dedicada a Georges Clemenceau.

⁷ Citado por Tulio Halperin Donghi, *José Hernández y sus mundos*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1985.

Espejo Miguel (1987). *Heidegger. El enigma de la técnica*. México: Universidad Autónoma de Puebla.

Espejo Miguel, (2006). “Introducción. La memoria recobrada”, en *Jujuy en la historia* (directores Ana Teruel y Marcelo Lagos). Jujuy: Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy.

Espejo, Miguel (2020) “Los círculos del laberinto. La crisis global en un mundo complejo”, revista *Complejidad* N° 36.

Fernández-Armesto, Felipe (2010). *1492. El nacimiento de la modernidad*. Barcelona: Ediciones Crítica.

Halperín Donghi Tulio (compilador), 1980. *Proyecto y construcción de una Nación*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Halperín Donghi Tulio, (1985). *José Hernández y sus mundos*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Mafud, Julio (1965). *Psicología de la viveza criolla*. Bs. As.: Editorial Américalee.

Mafud, Julio (1966) *El desarraigo argentino: clave argentina para un estudio social americano*. Bs. As.: Editorial Américalee.

Martínez Estrada Ezequiel (1994). *La cabeza de Goliat*. Buenos Aires: Losada/ Secretaría de Cultura de la Nación.

Marx, Karl (1976). *El Capital*. México: Siglo XXI editores, 1976. [primera edición en alemán, 1867].

Nino Carlos (1992). *Un país al margen de la ley: estudio de la anomia como componente del subdesarrollo argentino*. Buenos, Aires: Emecé.

O’Gorman Edmundo (1995). *La invención de América*. México: Fondo de Cultura Económica.

Rouquié Alain (2016). *Le siècle de Perón. Essai sur les démocraties hégémoniques*. Paris : Seuil.

Sarmiento, Domingo F. (1980) *Facundo*. Con prólogo de Noé Jitrik. Caracas: Biblioteca Ayacucho. Original *Civilización y barbarie. Vida de Juan*

Facundo Quiroga, aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina [publicado en 1845].

Sartre, Jean (1964). *Crítica de la Razón Dialéctica*. 2 vol. Buenos Aires: Losada.

Seguí Luis (2002). “Argentina o la inconsistencia de los límites”, *Letra internacional* N° 76. ISSN 0213-4721, pp. 25-30.